

Manuel Beltroy*

Desde Barranco que él amara tanto; y, después, desde la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a la que entregara sus mejores esfuerzos, llega hoy hasta la tierra abierta que lo va a cobijar, Manuel Beltroy. Frente a la orilla inconmesurable lo saludamos en nombre de la Facultad de Letras de San Marcos, como maestro, como escritor y como creador fantástico de un mundo en que todo lo que tocaba y todo lo que miraba adquiriría un carácter maravilloso, que lo arrobaba en la envidiable ingenuidad de su actitud. Y así, revolteando en torno de sus proyectos o contemplando ufano el perfil del mar desde la terraza de su casa barranquina, le vino la muerte como otro deslumbramiento más, sin aspavientos, recitando sus viejos textos latinos o franceses. Amante de la naturaleza apacible y provinciana, Beltroy se encariñó con ese retazo del litoral limeño que aún mantiene aire pueblerino, arbolado y balneario. Pero como incansable avizor de la cultura universal, a la vez; como conocedor de tantos y variados caminos de la literatura y el arte, su amor estuvo también en la primera Casa de Estudios del Perú. Para su entusiasmo, contagioso y vital, que sabía y entendía la vida del hombre común y que quería al semejante en dolor y alegría, el pequeño pueblo era un espejo diminuto, pero expresivo, de la humanidad, sin marca, ni etiqueta substancial. Para el rastreador de la inteligencia universal, para el erudito que entendía y amaba, al mismo tiempo, la poesía trovadoresca, el "gay saber" y el Renacimiento; pero al mismo tiempo, la ternura de una Gabriela Mistral y la sapiencia lírica de Antonio Machado; que gozaba con Vivaldi, con Mozart, con Beethoven o con Katchaturian; que se recreaba en las voces antiguas y en la última palabra poética; para ese vivificador de la obra de los demás, San Marcos fue refugio, empresa, hogar. En

* Discurso pronunciado por el Dr. Augusto Tamayo Vargas, Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en el Cementerio el Angel en los funerales del Dr. Manuel Beltroy.

Barranco, Beltroy encontraba la semilla reventada y el adobe enriquecido por la mano del albañil peruano y además los pasos —entre provincianos y atildados— de un Valdelomar, como él, extraña mezcla artística de la sencillez intimista y familiar y del giro exquisito arrancado del modernismo; de un Parra del Riego y su polirritmo vibrante; y del prodigio de lo mísculo de José María Eguren. En San Marcos, su desbordante calor literario encontró campo para arrastrar a sus alumnos al incomparable amor por el buen decir, pero también por el buen actuar.

Como su alumno, antes que como Decano de la Facultad de Letras, vengo aquí a contemplar entristecido el acabamiento material de quien fue esencialmente vitalista y quería un trozo de felicidad para los demás y para él. Y mi palabra trae el eco de la primera generación que él enseñara en la reapertura de San Marcos, en 1935; y que recibió de Beltroy no sólo las cálidas lecciones de "Tristán e Isolda" de Cretien de Troyes o de Petrarca, sino ese vívido accionar por la cultura. Desde entonces lo acompañamos —durante largos años— en sus andanzas ideales y a su lado estuvimos en el grupo de arte de *La Pasca-na*, en la fundación de la Asociación de Escritores y Artistas, en la sociedad *Amigos de Italia*, pasada la extraña pesadilla del fascismo; en la Sociedad Pro-Palestina Hebrea, cuando había que luchar por un pedazo de tierra para el mundo israelita; y en tantas febriles empresas que él ideara, fundara o apuntalara, con ese entusiasmo juvenil de adolescente que no ha perdido la prístina actitud del luchador altruista. Porque Beltroy no fue ni un desengañado, ni un resentido, ni un escéptico. Tuvo fe en cuanta empresa cultural iniciara. Tuvo fe en sí y en su obra. Y de él aprendimos ese sentimiento de cruzados por la cultura que caracteriza a una generación que, saltando los encantos y las fruiciones de escribir en "yo" y de mostrar la cultura en el cenáculo, salió por calles y plazas a hablar de la cultura y a hacer comprender a todos que la poesía es necesaria y fundamental en la vida de los pueblos, a más del pan de cada día. Como él, esa generación nació con una fe: una fe incontrastable en el futuro de la sociedad. Una actitud constructiva. Supimos que la fuente de la vida es la fe: fe en nosotros mismos, fe en nuestros amigos, fe en la vida, en general. Frente a un mundo temeroso, que tiene miedo de las palabras y de los hechos, enseñó que se puede ser bueno, generoso, verídico y creyente en el hombre, para enfrentarse a los acontecimientos con un entusiasmo tal que hasta los errores resultan lecciones de conducta y aún de conocimiento. Creo que en ello

está el principal valor de Beltroy; y es eso lo que pudimos aprender principalmente los miembros de una generación que se formó entre dos guerras, con la metralla por horizonte y la tiranía por cenit. Y sobrenadamos amando la cultura, que sale de la entraña misma del hombre y que vuelve hacia la humanidad en la amorosa mano del creador, del dirigente y del promotor cultural.

Al regresar hacia todos aquellos años de su activa labor encausadora, permítaseme que traiga el recuerdo de algo que puede sonar a anécdota personal: la organización de los Segundos Juegos Florales de Barranco a iniciativa de Manuel Beltroy, después de muchos años de olvido de tan saludable certamen literario; y que me permite tener siempre ante mis ojos su firma como acicate de parecidas tareas que hay que cumplir para premiar la poesía, poderosa arma de sensible filo para las jornadas de superación del medio social, a todo lo ancho de nuestra vida nacional.

Me tocaría hablar —paso por paso— de su obra en la literatura nacional y en la Universidad de San Marcos. Pero todos conocen cuánto hizo y cuánto dejó de hacer por servir a los demás. Cómo el poeta inicial se convirtió en difusor de la poesía ajena, aunque siguiera cultivando la propia; cómo el erudito crítico publicó colecciones de obras de otros escritores peruanos, en ese su profundo amor por el Perú; cómo el ensayista entregó en múltiples conferencias su indesmayable afán cultural a los estudiantes sanmarquinos. Su última pasión fue el Dante, poeta de amor y de muerte; pero siempre, además, su peruanísimo latido que lo llevó a hacer conocer nuestra cultura en los dos mundos. En este año de celebraciones de los 700 años de Dante Aligheri, que en el Perú se iniciara con una conmemorativa ceremonia en la Facultad de Letras —y no en otra alguna—, Beltroy leyó algunas de sus traducciones escritas con el entusiasmo que ya hemos señalado en él, pero a la vez con la finura que hemos destacado también. Y su palabra resonó con su aguda exaltación, por última vez en ese Salón de Actos de la Facultad de Letras al que hemos querido llevar sus restos, porque sabemos cuánto amaba ese recinto y cuán cálido sentiría ese último abrazo que le dábamos con la esencial envoltura de una sala cuya historia y trascendencia nos era común. Salón poblado de reminiscencias barrocas, pero alimentado, a la vez, con palabras de fe democrática y republicana, de sentimientos expresados por el progreso y bienestar social; coronado con frases latinas, donde predominan los términos:

hermosura, gloria, alegría, que estaban tan en el estilo del escritor y del maestro; y rodeado por un sello de eternidad que le ha impreso la búsqueda de la verdad. Una de las últimas impresiones literarias de nuestra Facultad es esa traducción de Beltroy de fragmentos de *La Divina Comedia*, que conservaremos como su postrer trabajo universitario. Al lado están sus recientes artículos donde se mezcla el recuerdo peruano y la visión universal en una sola pasión por la vida, el hombre y la sociedad. Ha muerto en vital accionar y en permanente juventud. Y deseamos que su vida y que su muerte hagan fructificar muchos otros intelectuales como él: amantes de su tierra, ingenuos, despreocupados, simples y valederos, sabientes y vitales, que sepan tener una alegre rebeldía y una fuente inagotable de esperanza.

Augusto Tamayo Vargas



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»